

Instrucciones de uso

Las instrucciones de uso o instrucciones para empleo es una narración breve que cada producto en el mercado lleva y que se refiere sea a su composición, sea al modo en que debe ser utilizado. Suele tener tres formas genéricas: la de un papel adhesivo, la de una parte de una etiqueta o la de un pequeño manual que se adjunta al producto. En algunos países tiene una función informativa para el consumidor y existen leyes al respecto y según los productos —como en el caso de los países de la EU—, en otros países sólo cumple una función comercial —como en el notorio caso de China. Con la evolución informativa de los productos y con la variedad creciente de los mismos en el mercado, las etiquetas que identifican a los productos —y que cumplían una función básica de publicidad en torno a un logo— se han fusionado, sobre todo en los productos de consumo a corto o mediano término, con las instrucciones de uso o modo de empleo de los productos —desde productos electrónicos hasta alimentos y desde vestimenta hasta automóviles. De manera que, además de la identificación del producto, del sitio de producción y del código de barras, los productos poseen información acerca de su composición y del modo de empleo. En este sentido los productos llevan en sí una *vida útil* que se prolonga más allá de su consumo: los productos se conciben con una existencia que se refiere asimismo al embalaje que lo contiene y al envase que lo contiene. Los productos en este sentido están destinados a contaminar y derivar de manera constante.

Con la evolución de los mercados y de los productos, el código de barras y la simbología acerca de la toxicidad y el reciclaje del producto se han vuelto íconas que tienen una presencia constante, más allá de la veracidad de lo que indican: son símbolos *trendy* y comerciables. En el caso del código de barras, aun cuando no se hallen instrucciones algunas en el producto [casos extraños, pero

existentes], siempre hay un código de barras puesto que constituye la base de la logística de producción y comercialización del producto sin la cual ni la compañía productora, ni la distribuidora, obtendrían información alguna. En cuanto a la simbología existe una enorme variedad y algunas se hallan incluso impresas en el envase mismo del producto, como por ejemplo en ciertos recipientes plásticos.

Las instrucciones de uso para un serrucho, por ejemplo, son de menos utilidad que las de un aparato electrodoméstico. Sin embargo, la información acerca del serrucho —por ejemplo, si está hecho de madera o acero o de aluminio y plástico, o también qué tipo de aluminio o qué tipo de plástico— puede asimismo resultar relevante y explica sin duda, en alguna medida, su precio. Esta situación casi surrealista de la especificidad y sofisticación de la producción de objetos en el mundo contemporáneo nos hace recordar a la vida cotidiana, también casi surrealista, que el escritor Julio Cortázar ilustraba en 1962 en *Historias de Cronopios y de Famas*. Con nostalgia recordamos por ejemplo la ironía y humor del escrito de Cortázar “Instrucciones para subir una escalera” (1962) y también “Más sobre escaleras” (1967), publicado más tarde. La expresión de lo obvio, que merece en Cortázar casi el sarcasmo, es en la actualidad lo corriente y que esconde aquello de lo que no se habla: cómo se hizo un producto, cuánto va a durar, por qué es diferente o igual que otro, por qué cuesta lo que cuesta. Las etiquetas e instrucciones en gran medida son tautológicas o ejercitan un oxímoron, como decir “esta botella verde de vidrio que Usted ve, es de vidrio y de color verde”. La sola diferencia es que el primer mensaje lo percibimos (una botella de vidrio verde), mientras que el segundo lo visualizamos a partir de símbolos o de la escritura (esta botella es de vidrio, este color es verde porque es reciclable). Y es sobre esta distinción absurda que la gran mayoría de las etiquetas e instrucciones se sitúan. El paradigma de ello es la sección —que no falta en ninguna guía o instrucción— que en inglés se llama *troubleshooting* [“tirando problemas”, “eliminando problemas”, “matando problemas”]: aquello que se presenta como la *ultima ratio* de las explicaciones y usos no es sino una banalidad más, como por ejemplo “asegúrese que el aparato está enchufado a la electricidad”. En este sentido las instrucciones de empleo son la manera más segura que las compañías tienen de fomentar el comercio de

partes y derivados de sus productos —cuando no de comprar otro aparato o producto nuevo. Pero también esta sección es la manera en que las compañías tienen de deslindar responsabilidades jurídicas, indicando números de teléfonos de emergencia o sitios web para obtener información preventiva o de urgencia. Si en el pasado los productos estaban pensados para durar o, mejor dicho, para maximizar su vida útil, en el presente nos encontramos frente a la situación opuesta. Por ello es que en el planeta se genera más basura que bienes. En el pasado los bienes se agotaban con su consumo —cuanto menos para las compañías que los producían y distribuían. En la actualidad la vida de los productos es perenne y deriva en una variedad de formas y modos. El consumo ya no es sino una etapa primera en la vida de los bienes.

La razón última de las etiquetas ha evolucionado y de su carácter informativo o de su control de calidad se ha pasado a un estatuto de contaminación: si las primeras etiquetas eran informativas acerca del producto, las actuales se refieren a los partes o elementos que componen el producto —a sus derivados o elementos compuestos. Se parte del principio que todos los productos, por la naturaleza actual de los mercados, son contaminantes en mayor o menor medida. Y la etiqueta o las instrucciones de uso deberían dar una indicación de esta contaminación. En la mayoría de los casos, las etiquetas utilizan subterfugios o nombres técnicos o nombres de compuestos para ocultar o enmascarar su verdadera condición. En otros casos, como por ejemplo en el caso de los plásticos, las compañías trabajan con los mínimos legales y no están obligados de hacer aclaración alguna. De todos modos en la industria actual el principio que prima es que el cliente o consumidor es el mejor y más rentable método de prueba de un producto: cuando se trata de una herramienta, perdemos dinero, cuando se trata de algo que consumimos, perdemos calidad de vida y dinero.

De todos modos, con el tiempo, las instrucciones de uso derivan más y más en una información acerca del producto —de su condición, de su composición. Salvo contadas excepciones, la inmensa mayoría de los productos “no perecederos” en el mercado tiene una vida útil estimada de cinco años —situación que podríamos llamar la ley de China—, razón por la cual cualquier desarrollo en términos de empleo de los mismos está limitado a un período muy

corto de tiempo. Y es que, bajo estas condiciones la noción misma de durabilidad de los productos se ha modificado y la idea de “producto perecedero” no deja de ser un eufemismo ya que, como indicamos, la gran mayoría de los productos son de perición a corto plazo —sea por su calidad de estar compuesto de materia viviente o por la calidad de sus elementos que son producidos a término. En realidad, en la actualidad se habla más de consumo inmediato o a corto término. No deja de ser una paradoja que la fijación legal de una fecha de perición a gran número de productos de materia viviente, indicada en el envase de los mismos, no es sino una excusa para extender su vida útil-legal a partir de productos químicos.

De manera también paradójica los productos perecederos, que antaño no salía de un ámbito de consumo local, en la actualidad han extendido su vida y viajan a los cuatro puntos del planeta a partir de técnicas químicas o mecánicas de consumo y perición. A raíz de esta condición viajera, las etiquetas e instrucciones han entrado en el universo de las traducciones y en la actualidad vienen en varias lenguas. Existen incluso, al respecto, soluciones y casos ingeniosos en donde, por ejemplo, despegando una etiqueta aparece la otra en una lengua diferente. El asunto de la traducción merecería un capítulo aparte referido a la ortografía, sobre todo de productos procedentes de países asiáticos o anglosajones, donde la estima del castellano es meramente funcional y donde encontramos rocambolcosos casos de género y estrambóticas conjugaciones verbales, dignas de un escrito barroco porteño.

De uno de los pocos productos que a escala planetaria escapan a esta parafernalia de contaminaciones y mecanismo son los libros. Y sólo en parte, porque, como se sabe, hay libros que se autodestruyen a partir del ácido de plomo y otros, los menos, destinados a perdurar. Pero también los hay pegados con colas contaminantes o realizados con un papel cuya pasta fue realizada con hipocloritos de sodio que generan dudas y sospechas —esto sin mencionar aquellos que tienen ilustraciones y que, impresos por ejemplo en Hong Kong, fueron realizados con tintas químicas de dudosa índole y cuyo olor de por sí levanta sospechas.

Existe por último una categoría que podríamos llamar de meta-productos cuya condición contaminante y composición escapa a todo control. Este

productos son productos de productos, es decir, los productos que contienen, transportan y vehiculizan otros productos. Los más conocidos son el nylon, el plástico, el cartón y el llamado Tetra-Brik, así como todos sus derivados. Una etiqueta o una instrucción de uso no habla de ellos, es como si fueran invisibles o transparentes, como si no existieran. Son sin duda los más peligrosos en términos de contaminación, sea humana que ambiental. En términos de logística se les conoce bajo el rubro de *packing*.

Todo producto en el mercado, bajo las condiciones financieras y tecnológicas del presente, ha sido, en forma parcial o total, realizado con la llamada “mano de obra esclava” —es decir, con trabajo humano realizado bajo condiciones que no cumplen con un mínimo requerido, tanto en países llamados centrales como en zonas periféricas: sea por los trabajadores pertenecen a un país sin leyes laborales estrictas, sea porque pertenecen a un mercado en crisis y con flexibilización en las reglamentaciones laborales, el resultado es que, como hace dos siglos, los productores y las corporaciones siguen sosteniendo que hay una relación directa entre precio de los productos y salarios de los obreros. La mano de obra, en este contexto, es esclava en sí misma, por definición: la discontinuidad entre valor de uso y valor de cambio es en la actualidad casi total —mejor dicho: las valoraciones sociales se realizan justamente en base a esta discontinuidad, como muchos sociólogos de los países llamados desarrollados vienen de descubrir.

Bruxelles, November 2010.